

EL LIBRO DE LA DVDA  
Y LOS CANTOS INGENVOS

---



POR

CARLOS ALBERTO LEVMANN

MCMIX

BVENOS AIRES

EDITORES:

ARNOLDO MOEN Y HERMANO

FLORIDA 323



# EL LIBRO DE LA DVDA



## ΑΝΑΓΚΗ

Una vez, en mi vida inútil y hosca,  
Al acaso pasé junto á una tosca  
Casa ceñida en piedra. Una cascada  
Cerca de ahí rompía su azulada  
Y musical corriente. Desde el fondo  
Del bosque, murmuraba un dulce y hondo  
Rumor de soledad. Todo dormía  
Bajo la tarde de aquel manso día.  
Había en todo un algo intenso y grave...  
Venus arriba abrió su disco suave.

Y entonces vi bajar á la cascada  
Una mujer. Tenía su mirada  
Fija en el suelo, así como si fuera  
Soñando en una tímida quimera,  
O retuviese algún secreto lloro; -  
La cubría su sien un bucle de oro,  
Su seno breve hacía recordar  
De la figura ingenua del Cantar  
De los cantares. Yo detuve el paso,  
Y me puse á pensar por qué el acaso  
Me trajo allí... ¡mi alma estaba yerta!

Como al rayo de alguna luz incierta,  
Me vino vagamente á la memoria,  
Entonces, una dulce y buena historia,  
Tal vez de mi otra edad como un trasunto.  
Ella, sin verme, arrodillóse junto  
A la cascada; y—pensativa—sobre  
Las piedras puso un cántaro de cobre.  
Yo sin querer, indiferente, mudo,  
Un tanto me acerqué. Su pie desnudo,

Bajo la orilla gris de su vestido,  
Tenía una blancura intacta. Al ruido  
De mis pasos, volvió su ingenua cara,  
Y así como si yo atemorizara  
Su alma, me miró. Un recuerdo claro  
Me vino entonces: aquel angel raro  
Se parecía á un sueño que yo había  
Imaginado en un lejano día.  
Eran ya muchos años de aquel sueño,  
Y ya no estaba en mí; no era su dueño  
Mi alma. Todas mis antiguas flores  
Habían muerto. Todos mis amores  
Eran sombras muy vagas. Y en aquella  
Tardía evocación de una bella  
Mujer que había yo soñado tanto,  
Ninguna flor antigua abrió su encanto.

Ella movió su cara pensativa,  
Y parecióme estar como cautiva  
De un recuerdo. Después alzando lleno  
Su cántaro de agua, sobre el seno

Lo abrazó. Yo tenía sed, y al paso  
La detuve. Burlándome del caso,  
La pedí de beber, como la hubiera  
Así pedido á una mujer cualquiera.  
Me miró con un modo tierno y blando,  
Y, muda, fue á mis labios levantando  
Su cántaro... Acordéme de Rebeca  
Con el siervo Eleazar. Mi boca seca  
Bebió del agua; luego agradecíla,  
La dije adiós dos veces.... Intranquila  
Me miró fijamente; su memoria  
Evocaba una dulce y buena historia.

Y analicé tan raras circunstancias  
Del amor ideal de dos infancias  
Que no se hallaron nunca; y aquel sútil  
Final, en que una de ellas por inútil  
Capricho de un azar pueril, cobarde,  
Encuentra á la otra en una mansa tarde.  
Y la otra está muerta. Analizando  
Aquel segundo, mientras que temblando .

Ella alzaba hacia mí su azul mirada,  
Reí con una absurda carcajada.

.

Su cara demudó un mortal recelo,  
Dejó caer su cántaro en el suelo,  
Y de su seno breve salió amargo  
Un gemido penosamente largo.  
Y otra vez me reí, con una loca  
Sensación de vacío. Y en su boca  
La di un beso de Hamlet. ¡Me reía,  
Y ya no quise ver cómo gemía!



## UNA VISITA DE CHOPIN

Cierta noche en mi estancia estudiantil leía  
A la trémula luz de una bujía.  
Era tarde, y flotaba ese silencio inquieto  
Que parece advertirnos, en secreto,  
Lo que piensan los muertos en su mundo vano.  
De repente á un rumor temblé.. Una mano,  
Blanca mano de muerto, deslizóse leve  
Sobre mi frente como sútil nieve.  
Alcé los ojos y á mi lado vi á Chopin,  
Igual como en un fino Gobelín

Que muchas veces contemplé pensando en él  
Y en Jorge Sand, su linda amante infiel.  
Chopin con aire distraído dio unos pasos,  
Tocó las flores puestas en los vasos,  
Y se compuso el moño de esmerado encaje  
Luis XVI. Después miró un paisaje,  
Sonrióse un poco del temor que á mí me entrara,  
Y tornando hacia un ángulo la cara,  
Descubrió un piano negro en la penumbra  
[oscura...  
Y al punto huyó llorando de amargura

## SERENIDAD

Era mi alma un resto. Las visiones  
Y el afán de la vida,  
Pasaban sin dejarme sensaciones  
En mi vaga conciencia obscurecida.

Así como al cruzar un ave el cielo,  
Solo una sombra suave,  
Una pálida sombra cruza el suelo  
Y ya no queda nada de aquel ave.

Y no había en mi seno sinó un sùtil  
Espíritu que ardía,  
Como una luz parpadeando inútil  
Ante una pobre imagen de María.

Yo era un ser desprendido de su cuna  
De carne y de materia;  
Mis pasiones habían una á una  
Dejado algún residuo de miseria.

Y ahora, sin maldad ni sentimiento,  
Sin rencor ni ternura,  
Solo mi solitario pensamiento  
En mí vivía su existencia obscura.

En el absurdo juego de la vida  
Solía contemplarme,  
Y tampoco en la trágica partida  
Podía con piedad considerarme.

Desdoblamiento insólito, dualismo  
Que restituía al fango  
Mis entrañas, la cuna de mí mismo,  
Para darme otra vida y otro rango.

Y en mí sentía como un ser exento  
De mis miembros mortales,  
Remontar con el frío pensamiento  
Por sobre mis despojos terrenales.

Érame todo igual. Mis ojos fríos  
Olvidaron su llanto,  
No podían reír los labios míos,  
Todo vi exento de pavor y encanto.

Por el mundo cruzaba la más bella  
Mujer, y su figura  
Purísima dejaba en mí una huella  
Igual que el rastro de una forma impura.

El genio, la virtud, el heroísmo,  
Eran fórmulas frías,  
Eran para mí espíritu lo mismo  
Que el idiota y sus torpes villanías.

Cada atributo que la ciencia excava,  
Era forma inflexible  
De una unidad universal esclava  
De su estática fija, incommovible.

Una misma materia constituía  
Lo grande y lo pequeño,  
Y hasta pensé que aquello que vivía  
Es igual á la nada y al ensueño.

Sombra y materia, espíritu y quimera,  
Era todo lo mismo,  
Y sentí que mi cuerpo también era  
Una forma flotando en el abismo.

Así al azar de adustas reflexiones,  
Sin sed, sin emociones,  
Solo presa de exangües devaneos,  
Vagos deseos  
Y obscuras  
Ternuras,  
Iba una vez pensando  
Que cuando  
Se sabe de las cosas el vacío,  
Es profundo el hastío  
Que embarga,  
Y es la vida muy larga...

Esa vez una  
Pálida y tenue claridad de luna  
Besó la frente mía,  
Una armonía  
Musical y lejana  
Hirió mi oído con su voz arcana.  
Pero sin fé, sin ilusión, sin duda,  
Quedó mi alma muda.

Y como estatua de piedra  
Que ciñe un lazo de hiedra,  
Y cuya marmórea cara  
Una novia inútilmente  
Besándola febriciente  
Con triste llanto bañara.

Así mi ánima muda,  
Sin amor, sin fé ni duda,  
Entró en el mundo imposible  
Del ensueño y del pasado,  
Y en aquel ambiente alado  
Quedó mi alma insensible.

Desconocí mis primeras  
Ilusiones, mis quimeras,  
Desconocí mis más puras  
Fantasías juveniles,  
Y los ángeles gentiles  
De mis tempranas ternuras.

Lírica hilera de azules  
Fantasmas que en tenues tules  
De recuerdo y desvarío,  
Fueron todos acudiendo  
Y uno á uno iban cayendo  
En mí espíritu vacío.

Yo extrañaba todo aquello,  
Y su pálido destello  
Se me antojó la memoria  
De otra vida que la mía,  
Ó que todo provenía  
De una comedia ilusoria.

Ya no era mía la estrella  
Que alumbró la vida aquella,  
Yo no era más que un abismo,  
Era mi alma aquel astro,  
Y en mí no hallando su rastro  
Desconocíme á mí mismo.

En vano vino á mi lado  
La visión de un muerto amado  
Y acariciómela frente;  
Como en un labio de roca.  
En vano tembló en mi boca  
La impresión de un beso ardiente

En vano cruzó una viva  
Evocación fugitiva  
Del hogar y de la infancia;  
En vano noches de vela.  
Cuando un aura de diameña  
Del patio entraba á la estancia.

En vano escuché un murmullo  
Del dulce y materno arrullo  
Que me adurmiera en la cuna,  
Y mi madre allá á lo lejos  
Pasó en vano á los reflejos  
Indecisos de la luna.

En vano pálido, amante,  
Tocó mi sien un semblante,  
Una onda de cabello  
Cayó en mis yertas mejillas,  
Y una mujer de rodillas  
Se colgaba de mi cuello.

Y en vano también mi musa,  
Trémula, triste, confusa.  
Vino á sentarse á mis plantas,  
Y un viejo laúd alzando,  
Me dijo casi llorando:  
Hermano, ¿porqué no cantas?

---



## MÁS ALLÁ

Estaba como nunca solitario,  
Junto á una peña que del mar se arranca,  
Y cubría mis pies como un sudario  
La espuma blanca.

Última y sensitiva mensajera  
Que buscara mi rastro, pobre ilusa,  
Allí me halló una pálida viajera,  
Que era mi musa.

Suspensa junto á mí plegó sus alas  
Y acarició mi cara con su aliento...  
Yo escuchaba jugar las voces malas  
Del mar, del viento.

Susurró entonces en mi lira un sueño  
Soñado en otro cielo, en otro mundo;  
Y no borró sobre mi frente el ceño  
Meditabundo.

«Adiós» me dijo. Sin amor, sin ira,  
La vi alejarse pesarosa, hurafña,  
Arrastrando su túnica y mi lira  
Por la montaña.

Un segundo á mi oído  
Su canto murmuró como un gemido  
Lejano...  
En vano, en vano  
Me envió el pasado ese postrer presagio

Por salvar del naufragio  
Mi alma yerta.  
Desierta  
De luz, de azul y de calor la vida,  
La contemplé en un símbolo dormida,  
Soñando  
Ese sueño que el hombre va forjando,  
Que solo está en el hombre,  
Y que no tiene fórmula ni nombre  
Afuera de su cráneo pequeño,  
Más allá de su mente hecha de sueño.

Atrás dejé la terrenal mentira,  
Y sin musa y sin lira,  
Me interné por las selvas donde huye  
Toda la gama que en el mundo fluye.  
Las cosas anidaron en su enorme  
Caos informe  
De seres increados y ficticios.  
Y vi como desnudos precipicios,  
Sin fondo sus entrañas,

Y bosques y llanuras y montañas  
Desquiciadas, monstruosas, que rompían  
La sombra y en la sombra se perdían.  
Y vi también pasar como tropeles  
De fantasmas en rápidos corceles,  
Los hombres de la tierra sollozando  
Ó en histéricas risas estallando.  
Vegetación de cosas y de seres,  
De dolor, de locura y de placeres,  
Brotando bajo un látigo implacable  
Que marcaba al señor y al miserable,  
Repetición incomprensible y burda  
De una comedia absurda.  
Ya no más en un génesis cautivo,  
Todo invirtió su estado primitivo:  
Las perfidias, el crimen y las hienas  
Mordían á la Némesis de Atenas,  
Y coronado con espinas rudas  
Sobre la cruz del Gólgota vi á Judas.  
Y comprendí que todo  
Lo que se amasa con mundano lodo,  
Lo grande, lo pequeño,

Lo real, lo indeciso y el ensueño,  
La virtud como el vicio,  
Era un tumulto sórdido y ficticio,  
Era una larva obscura  
Que tomaba su nítida estructura,  
Solo en la forma vana  
De la visión humana.  
Y agitando sus alas de imposible  
Todo lo humano, todo lo sensible,  
Todo el fantasma que la idea labra,  
Todo lo vi en macabra  
Procesión desfilar por el vacío,  
Y huérfana la tierra de atavío  
Pasó con apariencia de esqueleto,  
Estrella sin objeto,  
Infecunda, sin forma y desasida  
Del torrente de sol que le dió vida,  
Porque también el sol es una idea  
Que en el alma se crea,—  
Una esfera magnífica se nombra—  
Y allá lo vi pasar, como una sombra.

Y como mi conciencia  
Se arrancó la impresión de la existencia,  
Y todo el sentimiento  
Como un despojo lo arrojó en el viento,  
Yo penetré bravío  
Donde no fue otro paso sinó el mío,  
Donde nunca voló de otros mortales  
El pensamiento, atado á las señales  
Que les dejan los padres á los hijos  
En el cerebro como puntos fijos.

El más allá se abrió bajo mi planta,  
El más allá que nunca mi garganta  
Podría revelar; que no existieran  
Palabras para él, ni resistieran  
Las aïmas de los hombres á la extraña  
Gravitación que el concebirlo entraña.  
Yo exento del engaño sensitivo  
Que retiene al espíritu cautivo,  
Y halla solo equilibrio en las prisiones  
Que le crean la carne y sus visiones,  
Y de sí mismo pordiosero impío

Se rehusa mirar en el vacío  
Y se rinde á su carne, á su envoltura,  
Por la impresión sensual que le procura,—  
Yo rebelado del carnal asilo,  
Pude mirar al más allá, tranquilo.  
Y entrever en su seno de Nirvana  
La verdad inhumana,  
Sin fórmula ni esencia,  
Verdad que contradice la existencia,  
Verdad absurda, indescriptible y loca  
Sobre una humana boca,  
Porque es contraria al pensamiento mismo  
Que quisiera expresarla en su guarismo,  
Pero que allá en los ámbitos fatales,  
Más allá de los sueños mundanales,  
Más allá de la idea que regula  
Solo el calor que por la sangre ondula,  
Se expande sobre el tiempo y las esferas  
Y las tiene en su sombra prisioneras.



# EL INTRUSO

## I

En un yugo de cruenta carestía,  
La infortunada población gemía  
    Desnuda y miserable;  
Y entre las filas de casuchas toscas,  
Vagaban las mujeres, tristes y hoscas,  
    Con un hambre implacable.

La noche luego de jornada ruda,  
Se dejaba caer, grave y ceñuda,  
    Como fúnebre alfombra;  
Pero un rumor de llantos infantiles,  
De vagos ayes y blasfemias viles,  
    Removía la sombra.

II

Una vez, descendiendo por el monte  
Que al pueblo le ocultaba su horizonte,  
    Un extraño viajero  
Se apareció á los tristes pobladores,  
Distrayendo sus trágicos dolores  
    Con su aire extranjero.

Era un hombre de rara catadura,  
Escuálido y deforme. Y su estatura  
    Era la de un gigante.  
Cubría su cabeza un burdo trapo,  
Y sus enjutas carnes un harapo  
    De viejo mendicante.

Encerraba tal vez un grande enigma  
Bajo su calva sien, y en un estigma  
De tiempo muy antiguo  
Parecía flotar su hosca silueta;  
También su harapo en cruz, de pañoleta,  
Era viejo y exiguo.

«Parece de mil años ese traje»  
Dijo un mendigo. «De su largo viaje  
Dista poco sin duda  
Una meta feliz, con pan, con lumbre.»  
Y al intruso siguió la muchedumbre  
Miserable y desnuda.

### III

Atrás quedó la aldea taciturna,  
Envuelta en una vaga paz nocturna;  
La multitud, ya lejos,  
Le dio una eterna despedida huraña;  
Y sobre ella la luna echó su extraña  
Cabellera de pálidos reflejos.

Todos en pos del hosco vagabundo,  
Iban soñando con el bello mundo  
Que á su torva presencia  
Les predijo sin cábula el mendigo;  
Todos iban en pos de aquel amigo,  
Sin ya extrañar su rara indiferencia.

Y después los altivos moradores  
De los bellos palacios, los señores,  
Con su orgullo protervo,  
Le siguieron también, todos roidos  
Por sus miserias, todos atraídos  
Por aquel viejo y vagabundo siervo.

Avaros con achaques de codicia,  
Arrastraron su ingénita avaricia,  
Sobre sus hombros viles  
Cargaban sacos de oro, un raro impulso  
Les atraía, y en tropel convulso  
Saltaron como sórdidos reptiles.

Sabios famosos y de ciencia enfermos,  
Trocaron su retiro por los yermos  
    Que seguía el intruso;  
Iban tras él llevando una indigente  
Y miserable luz bajo su frente,  
Hambrientos ¡ay! del más allá confuso.

Y hambrientos iban, de su orgullo esclavos,  
Rudos caudillos y guerreros bravos,  
    Erguidos como robles;  
Y el harapo ondeó con la cimera,  
Fraternizando por la vez primera  
Los déspotas, los siervos y los nobles.

Y coronas de reyes y hasta solios  
Arrancados de antiguos capitolios,  
    Y mitras y sitiales  
Se fueron con la turba; y regios mantos  
Y dolientes imágenes de santos  
Salidas de sus viejas catedrales.

Y también miserables esqueletos  
Saltaron de sus tumbas como escuetos  
Mendigos de pavora,  
Y escurridos en rígidas hileras,  
Jaspearon sus blancas calaveras  
Aquel turbión de muchedumbre oscura.

Y puñales de Bruto suspendidos  
Sobre diademas de oro, y esgrimidos  
Por manos invisibles,  
Todo marchaba en sórdido tumulto,  
Llevando en su miseria un vago culto  
De esperanza, de luz y de imposibles.

Los jueces venerables en sus togas  
Y reos de patíbulo con sogas  
Aun ceñidas al cuello,  
Siguieron par á par la misma vía;  
Una misma miseria les mordía  
Y les marcaba con el mismo sello.

Brotaron de sus nichos como enjambre  
Todos los muertos que tuvieron hambre;  
De aquella turba encima  
Flotaban sus escuálidas figuras,  
Y entre visión de llantos y locuras  
El pasado se abrió desde su sima.

Cada siglo á manera de gigante  
Invisible columna coruscante  
Que desquiciar se siente,  
De su historia ancestral se desprendía,  
Y en la deshecha multitud seguía  
Como astilla en la espuma de un torrente.

Soterradas y en ruinas las ciudades  
De muertas, remotísimas edades,  
Y negras catacumbas  
Se despertaron de su sueño frío,  
Y en lúgubre, supremo desvarío,  
Corrió al intruso el polvo de sus tumbas.

Hasta el futuro tiempo abrió su entraña,  
Que era una informe pesadilla extraña  
De seres que dormían  
En la nada, y estáticos y absortos,  
Como imposibles, rígidos abortos,  
En espectros ajenos se escurrían.

Los dioses de las místicas ofrendas  
Salían de sus pálidas leyendas  
Al intruso implorando,  
El infierno arrojó sus sombras malas  
Y del cielo cayeron con sus alas  
Desasidas los ángeles llorando.

Los profetas, los Cristos y los Buhdas  
Se congregaron en cohortes mudas  
Atrás del extranjero;  
El mismo Dios, omnipotente y solo,  
Desplomado en el vértigo siguiólo,  
En harapos también de pordiosero.

Aquellos miserables parecían  
Hacer un solo cuerpo, que movían  
Arranques impulsivos;  
Tenían contorsiones de serpiente,  
Y á veces les paraban de repente  
Gigantescos espasmos convulsivos.

Y al huir en tropel bajo los astros,  
Llenaban las montañas con sus rastros  
Y el aire con su aliento.  
Y el monte y la llanura y las estrellas,  
Parecían decir unas querellas  
De indescriptible avasallado acento.

Y en su ignoto pensar tal vez pensaban  
Que hartos los hombres de vivir estaban,  
Y al caos restituida,  
La humanidad en procesión se fuera  
Al trágico morir de su quimera,  
Al despertar del sueño de la vida.

IV

El viejo vagabundo con su báculo  
Seguía indiferente y sin obstáculo  
Su indescifrable marcha. ,  
Hijo de la intemperie dura y fría,  
Su salvaje cabeza amanecía  
Erizada de escarcha.

Atrás, como un océano que fuera  
De sus cauces indómito se irguiera  
Para batir las cumbres,  
La multitud se huracanaba exhausta,  
Revolviendo en sus fondos hez infausta  
De negras pesadumbres.

Cubrió á la turba á modo de mortaja  
Una nube de sangre; su ancha faja  
Tenía el sol oculto;  
Y el intruso su rígida figura  
Proyectaba en aquella sombra oscura,  
Sin oír el tumulto.

Alguien le interrogó tímidamente,  
Y él inclinando su impasible frente,  
Se rió con risa huraña;  
Tuvo la turba una impresión de hielo,  
Y una ola de súbito recelo  
Afeminó su entraña.

Entonces el profeta mendicante  
Que levantó la población errante.  
Y en pos del vagabundo  
Buscando un pan de promisión seguía,  
Le dijo así, con voz en que gemía  
Un pánico profundo:

t

«Por Dios, ¿quién eres tú...? ¡Dinos...! ¿Quién  
[eres?]

Y lloraban con ayes las mujeres,  
De pavor y de histeria.  
Alzó el intruso su semblante yerto,  
Y sus oscuras órbitas de muerto  
Estaban llenas de hambre y de miseria.



## EL ANGEL BUENO

Luzbel miró venir, entre la oscura  
Sombra una dulce y pálida figura,  
Y súbito estupor desconocido  
Llenó su corazón de ángel caído.  
Aquella forma esbelta y blanca y grave,  
Le recordaba la apariencia suave  
De un ángel conocido; un ángel tierno  
Que olvidara en las horas del infierno.  
En el cielo, por tiempos muy lejanos,  
Habían sido casi como hermanos.

Luzbel se agazapó con vago susto  
Y hundió en la tierra su semblante adusto.  
Un punzante rencor mordió su entraña,  
Y su cuerpo crispó como una araña  
Herida por la luz. En vano quiso  
Borrar de su obsesión el paraíso,  
Y poder maldecir, rebelde y fiero,  
Aquel dulce y antiguo compañero.  
Y recordó cuando jugaban juntos  
A los pies del Señor. Hondos trasuntos  
De aquella vida buena y apacible,  
Vinieron á enconar su afán horrible.  
Al ángel recordó, su bella cara  
Palidecida cuando ya le hablara  
De su intención proterva de precita.  
Y recordó también la ingenua cita...

El ángel ya pasaba dulcemente;  
Su pie ligero le tocó en la frente,  
Y Lucifer, con torvo desafío,  
Ante el ángel se irguió mudo y bravo.

Creyéndole una sombra, una quimera,  
El ángel le sonrió. Por vez primera  
Después de tantos años como había  
Pasado su alma en la expiación y fría,  
Sintió Luzbel que un pensamiento bueno  
Nació en lo profundo de su seno.  
—«¿No recuerdas de mí?» le dijo. «Mira..  
Acaso estoy cambiado. ¿No te inspira  
Nada mi voz?...» El ángel sus preguntas  
Oyó temblando. Y con las manos juntas  
Retrocedió despacio, muy despacio,  
Titubeante. Un bucle de su lacio  
Cabello le ocultó la frente blanca;  
Luego así como un niño que se arranca,  
Con ahogado gemir, de un sueño triste:  
--«¡Hacia tanto tiempo que te fuiste!»...  
--«Mucho tiempo, es verdad. Pero en el cielo  
Los siglos pasan como un blando vuelo.  
Donde yo estoy. un día es como un largo  
Martirio, tú lo sabes. Sin embargo  
Tú me olvidaste: y yo, yo que me muerdo  
De impotencia y dolor, ya te recuerdo.»

Dijo Luzbel estas palabras rudas,  
Y luego con las uñas sus desnudas  
Carnes hirió, rugiendo de coraje  
Y de odio contra sí. Bello y salvaje,  
Luchaba entre su antiguo amor oculto  
Y su altivez indómita. Un insulto  
Sañudo y torvo le subió á la boca  
Contra el justo Jehová; la rabia loca  
Cubrió sus labios lívidos de espuma.....  
El ángel, su ala de impalpable pluma  
Recogió temeroso. Después quedo,  
Venciendo la bondad todo su miedo,  
Tendió su mano blanca y temblorosa  
Sobre la horrible frente sudorosa  
Del Maldito. Luzbel con grito aciago  
Sacudió en su cabeza aquel halago  
De caricia. «No, vete, así no quiero.  
Como el hombre da pan á un pordiosero  
Me das caricias, miserable hermano.»  
- «Así nunca, Luzbel.»

— «Mira, tu mano  
Tiene la huella negra de mi frente.»

— «¿Y qué importa?»

— Yo al fuego más ardiente  
Acercaré mi rostro; tu blancura  
Dejó algún rastro en mi cerviz oscura.»

El ángel tornó un poco su semblante,  
Y se puso á llorar. Calló un instante  
Luzbel absorto. Un alba de alegría  
Sobre su frente de dolor nacía.  
— «Sí, llora, llora,» murmuró. Tu llanto  
Quita mi sed. ¡Qué bello estás! Y cuánto  
Te amo!... Oh, si hubiese yo vencido  
A Dios! Aún me amaras... Y á ti unido  
Reinando juntos... Todo se llamara  
Como yo: *Luz del Cielo*. Palpitara  
La tierra sin gemidos... ¡Sueño vano  
Y absurdo! Pero dime, dime hermano:  
¿Recordarás de tu Luzbel alguna  
Vez allí donde fué también mi cuna?  
Turbóse el ángel. Su mirada buena  
Veló una nube de indecible pena,  
Porque pensó que no podría en brazos

De su Dios evocar aquellos lazos  
Con su hermano maldito.

— «Tú vacilas...

«¡Oh, vete, vete!» Ardientes las pupilas,  
Extremecido, mudo, como exhausto  
De aquel delirio doloroso, infausto,  
Cayó Satán sobre la fría roca  
Y hondos quejidos exhaló su boca.  
El ángel suspiraba. Una infinita  
Piedad le avasalló por el precita  
Escuchando sus sórdidas querellas.  
Y mirando intranquilo las estrellas  
Por temor á la cólera del cielo,  
Furtivamente se sentó en el suelo  
Al lado de Luzbel. Y su ala leve,  
Formada en pluma de impalpable nieve,  
Le cubrió con tan trémulo murmullo,  
Que Luzbel, sin rencor y sin orgullo,  
Alzó hacia el ángel bueno sus miradas  
Y le entregó su manos enlazadas.  
Algo más hondo que el arcano eterno  
Y más fuerte que Dios y que el infierno

Enagenó sus almas en un mudo  
Prodigio del Amor; Satán ceñudo  
Se arrepintió un instante, el angel bueno  
Ya no sintió al Señor en su albo seno,  
El uno al otro se buscó la frente,  
Y se besaron silenciosamente.



## LAS TUMBAS

Nada más que el cementerio,  
Con su lúgubre misterio,  
Algún encanto tenía  
Para mí. Triste en el mundo,  
Siempre mi andar vagabundo  
Al cementerio volvía.

Con su fría calavera,  
Mi nocturna compañera  
Era una tumba. Y alguna  
Vez muchas horas calladas  
Fijé en ella mis miradas  
Al resplandor de la luna.

Y una vez vi solitaria,  
Bajo una triste araucaria  
Toda invadida de yedra,  
Una mujer de imprecisa  
Silueta, de pie, indecisa  
Sobre una tumba de piedra.

Era muy tarde. Y el astro  
De la noche, blanco rastro  
De luz sobre aquella lápida  
Lanzaba. Gemía el viento,  
Solo cesando un momento  
Con intermitencia rápida.

«Alguien es que tal vez tiene  
Una pena igual y viene  
A recogerse á esa tumba»,  
Me dije. Y con lento paso,  
Fui pensando en el acaso  
Que la vida nos derrumba.

## II

La noche siguiente víla  
Otra vez á la tranquila  
Luz de la luna. Y mi alma  
Suspiró, cual si una débil  
Claridad de luz estéril  
Brotara en su negra calma.

Y pensé que si los muertos  
Podían sus huesos yertos  
Entrelazar en su fosa,  
Tal vez los muertos en vida  
Pudieran su luz caída  
Confundir sobre una losa.

Bajo la negra araucaria  
Ella estaba solitaria  
Y envuelta en tenue penumbra.  
Gemía el viento muy quedo,  
Y, al pasar, como un remedo  
Modulaba de sub-umbra.

Lentamente caminando,  
Me fui á la tumba acercando;  
Las hojas secas crujían  
Bajo mi pie; y sus agudas  
Ramas enhiestas y mudas  
Las araucarias movían.

Junto á la cruz me detuve,  
Mi aliento leve retuve,  
Y á contemplarla un instante  
Quedé, sintiendo que aquella  
Mujer me atraía á ella  
Como si fuese mi amante.

Su esbelto talle ceñía  
Blanco ropaje, y tenía  
Vuelta á la tumba su cara.  
Y vi su faz á un furtivo  
Rayo de luz fugitivo  
Que por el árbol pasara.

Pero en su faz tan agudo  
Pesar había, que mudo  
Torné mis pasos inciertos.  
Y de aquel triste paraje,  
Por entre el frío bosqueje  
Me fui pensando en los muertos

### III

Cada ilusión en mi vida  
Era una luz extinguida  
Al nacer. Pero esa pálida  
Mujer no sé qué misterio  
Puso en mí, que al cementerio  
Volví con la frente cálida.

Y cruzó mi planta incierta  
Por entre tumbas la yerta  
Soledad. Y ya cautivo  
De su visión solitaria,  
Bajo la negra araucaria  
La contemplé pensativo.

Lentamente caminando,  
Me fui á la tumba acercando;  
Ni un soplo leve corría,  
Y en mi existir vagabundo,  
Volví á sentir un segundo  
Que el corazón me latía.

Quise hablar, y mi garganta  
Sentí oprimirse y mi planta  
Vacilar sobre un peldaño  
Del sepulcro. Y un instante  
La vi tendiéndome amante  
Su mano entre el niveo paño.

Cai á sus pies de rodillas,  
Brotó fuego á mis mejillas,  
Y el alma exaltada y loca  
Tomé su mano en la mía...  
¡Y la sentí dura y fría!  
Era una mano de roca.

Súbito pasmo de hielo  
Paró en un punto mi anhelo.  
Pero, al mirar la escultura,  
Era en su mármol aquella  
Mujer tan pálida y bella,  
Que la besé con ternura.

Y pensé, mientras mi frente  
Reposaba tristemente  
Sobre su seno de piedra,  
Bajo la tumba llevarla  
Y en las sienas colocarla  
Una corona de vedra.



## UN COMPAÑERO

Llamó á mi puerta un viejo y calvo brujo,  
Mi mano asíó severo, y me condujo  
A casa de mi amada. «Duda, duda,»  
Dijo entre dientes. Como sombra muda  
Se fue y dejóme á solas con mi amada.  
Ella con una tímida mirada  
Me saludó gimiendo: «Tú me miras  
Hoy como á una extraña ¿en qué deliras?»  
Yo callaba. El acento frío y breve

Del viejo calvo, como interna nieve  
Cubría mi alma. Y ella con un hondo  
Suspiro se acercó, su pelo blondo  
Me rozó las mejillas, su bracito  
Se recogió á mi cuello... «¡Angel maldito!»  
La grité como en sueños del Oteló  
Recordando. Y el brujo y calvo abuelo  
Volvió á mi lado; con su mano fría,  
De luengos dedos, oprimió la mía,  
Y de allí me alejó. Solos andando,  
Caminábamos mudos, lentos, cuando  
De pronto golpeándome la espalda,  
Me clavó sus ojuelos de esmeralda:  
«Somos buenos amigos ¿eh?» me dijo.  
Y me abrazó como se abraza á un hijo.

---

## MI ESPECTRO

### I

Al extremo sombrío de una playa  
Que el mar batía con su tumbo lento,  
A solas con mi torvo pensamiento  
Y el mundo lejos como inquieta raya.

Así me hallé una vez. En su beleño  
Dormíanse las rocas, los abismos,  
Gravitando en la nada de sí mismos,  
Rudas quimeras del eterno sueño.

Un espectro de rígida figura,  
Vestido con fantástico ropaje,  
Como un genio letal de aquel paraje  
Movi6 hacia m6 su tr6mula blancura.

«Espectro de ilusi6n! ¡Espectro vano!  
Por calmar mi temor clam6 con ira.  
«Espectro t6, me respondi6, que gira  
En torno de un perdido af6n humano.»

Y vi tras 6l en misteriosa turba  
Mis pasados recuerdos que volv6an,  
Y tambi6n como espectros acud6an  
Formando hilera en agitada curva.

## II

Quando la luz de lo fatal alumbra.  
Al trav6s de contornos indecisos  
Se ve en la niebla palpitar precisos  
Los vedados misterios de sub umbra.

Y se ve que el aroma y la frescura  
Son ilusión que los objetos tienen,  
Y así vestidos en su halago vienen  
A vestirnos también con su hermosura.

Las luces descompuestas en el prisma  
Les dan su radiación. Y seducidos  
Del espectro solar nuestros sentidos,  
También el alma en su ficción se abisma.

Vive la luz porque los ojos viven:  
Refleja vibración que se combina  
Sobre el ciego cristal de la retina  
Y que unas fibras trémulas reciben.

Y al enviarla al cerebro la transforman,  
Como luz el cerebro la interpreta,  
Y de cada sentido en la faceta  
Las fantasías del sentir se forman.

Mas ya no puede el corazón sediento  
Beber en el raudal donde brotara,  
Y un ensueño de vida perfumara,  
La enamorada flor del sentimiento.

El solitario pensamiento queda,  
Sin objeto, sin fin, sin entusiasmo;  
Le traen los sentidos el espasmo  
Y él analiza y la función remeda.

Las cosas mismas, por su misma nada,  
Confunde con la muerte y el vacío;  
La realidad, en su contacto frío,  
Sospecha con las tumbas complicada.

El mismo ser de la conciencia niega:  
Es una idea el yo, que retrocede,  
Y á la idea casual que le antecede  
Para mirarla fijo se repliega.

Idea que la vida reproduce  
Como cualquier corpúsculo que late,  
Un breve instante por vivir combate,  
Y á la vida otra célula conduce.

Y cada yo, de un otro prisionero,  
En vano busca la imposible calma;  
Y el alma del pasado no es el alma  
Del existir presente y pasajero;

De los hierros tal vez de una cadena  
**Mantienen** entre sí las relaciones.  
¡Si no **rompe** un dolor los eslabones  
Y el nudo del vivir desencadena!

Y todo en incesante movimiento  
Que se renueva sin cesar y gira,  
Desenfrenado y convulsivo mira  
Y á sí mismo también el pensamiento!

¡En la célula solo! Toda idea  
Convertida en fantasma subjetivo.  
Más ¡ay! dentro su célula cautivo,  
¿Qué el pensamiento en su prisión desea?

Extinta ya de la ilusión la llama,  
¿Querrá vivir como la sombra vive,  
Vivir en el no ser que no concibe,  
Vivir la muerte y su tremendo drama?

### III

Y una luz menos cárdena y más suave  
Fué la faz del espectro iluminando,  
Mientras seguía sin cesar pasando  
Como una bruma mi recuerdo grave.

Y así me habló el espectro: «La figura  
De tu cuerpo sin alma vagabundo,  
Arrastra sin objeto por el mundo  
Las formas de la humana contextura.

«Yo soy tu antiguo corazón. La entraña  
Que late en ese pecho todavía,  
Como una vieja cripta está vacía  
Y es en ti mismo para ti una extraña.

«Un pobre nervio sin cesar te agita  
Que la materia con su afán renueva,  
Galvánica impulsión tu paso lleva  
Y al acaso sin luz te precipita.»

Cesó de hablar un punto...Bruscamente  
Girando en la tiniebla la silueta  
De un cuervo enorme vino...Y su ala escuet  
Se abatió sin rumor sobre mi frente.

Pasó con un fatídico crujido  
Sus plumas azotando mis mejillas;  
Y á los pies del espectro de rodillas  
Caí temblando y de pavor transido.

Tomé su mano transparente y fría,  
Tan impalpable de mi mano al tacto,  
Que su leve y suavísimo contacto  
Un soplo nada más me parecía.

—«¿Qué esperas?» murmuró. «¿Piensas **ahora**  
Que podrás retornarme á la **materia**,  
Y en la sangre estancada de tu **arteria**  
Darme la vida que agitó en otrora?»

«Prosigue tu fantástico camino,  
Materia que agité. Y halla la tumba  
Donde el polvo del hombre se **derrumba**  
Al golpe incalculado del destino.»

«Mas tú, le dije, tú que del **misterio**  
Surgiste para hablarme.  
Y desde más allá del **cementerio**  
Así puedes mirarme;

Tú que palpitas como no concibe  
    Mi comprensión esclava  
Del prisma subjetivo que recibe  
La falsa luz que la impresión le graba!

«Que viviste en mi carne y que contemplan:  
    Con envidia profunda  
Mis ojos tristes, hoy que ya no templan  
Con tu soplo su luz meditabunda:

«Dime, dime, cual es la luz, el astro  
    O la fría caverna  
De la nada sin sol, donde mi rastro  
    Deje su huella eterna?»

Y él me dijo: «La estrella que desprende:  
De un caótico sol su luz de plata,  
Por siempre el duro vínculo desata  
Que en la esfera del caos le comprende..

«Tú has quedado no más como un despojo,  
A la merced de un ánima extranjera,  
Que adentro de tu torva calavera  
Te agita y mueve á su vaivén y antojo.»

Calló su voz. Un invisible plectro  
Fué tornando sus ecos en suspiro,  
Y de la sombra en el constante giro  
Se extinguió la figura de mi espectro.

Solo quedé sobre la extrema roca  
Que la mar con sus ímpetus batía,  
Y en una ola que espumó bravía  
Me abrió la Duda su siniestra boca.

---

## POEMA

Tenían quince años. Con delirio  
Se adoraban los dos. Ella escondía  
Jugando su ternura, y él temía  
Decirla ni en secreto su martirio.

Y tornaban al pueblo cuando Sirio  
Con su chispa de plata el cielo hería;  
Y se pasaba un día y otro día,  
Y ella se puso blanca como un lirio.

Murió en un sueño... Y él con paso taído  
La buscó en una fúnebre pradera,  
Y halló su tumba entre el crecido cardo.

Allí tuvo una lúgubre quimera;  
Y el pecho herido de punzante dardo,  
La confesó su amor por vez primera.

---

# NIRVANA

## CUADRO PRIMERO

Una habitación amueblada con sencillez. Juana cose su vestido de novia, junto á un clavicordio. Detrás de ella su madre durmiendo. Del techo cuelga una lámpara que alumbra la escena con luz exígua. A la derecha una puerta, que es del dormitorio de Juana. En el fondo una puerta vidriera á través de la cual aparecen, en un paisaje vago, árboles escuetos y tejados que ilumina la luna.

## ESCENA PRIMERA

JUANA Y LA ANCIANA

JUANA.

¿Y piensas, madre, que Alberto  
Me será fiel?

LA ANCIANA.

—Juana mía,  
Porqué dudas?

JUANA.

— Lo decía...  
No sé por qué; pero un cierto  
Presentimiento indeciso  
Me inquieta el alma! Una sombra  
Veo cruzar que me nombra  
Con triste voz... De improviso  
Mi cuerpo tiembla...y quisiera  
Huir de aquí!

LA ANCIANA.

—Es la emoción  
Que te inflama el corazón  
Por la dicha que te espera.

JUANA.

No, madre..... ¡Madre! Yo siento  
Como una mano enemiga  
Que misteriosa me hostiga!

LA ANCIANA.

Es tu dulce pensamiento  
Que se exalta y devanea...

JUANA.

¡Escucha, madre... ese ruido!

LA ANCIANA.

¿No entiendes que es el sonido  
Del viento que juguetea?

**Suena el reloj y ambas escuchan, contando las campanadas.**

LA ANCIANA.

¡Las once! Vete á dormir,  
Pues es tan tarde; mañana  
Tu traje de bodas, Juana,  
Podrás tranquila concluir.

JUANA.

Deja, madre, que esta noche  
Quiero velar trabajando;  
No iré á dormir sinó cuando  
Termine el último broche.

**Pausa.** Juana se sienta al clavicordio, comienza á ejecutar una sonata, cantando á media voz, y la anciana se duerme.

## ESCENA SEGUNDA

### JUANA. LA ANCIANA Y LA DESCONOCIDA

Escena muda. Mientras los aires de la sonata se arraucan del clavicordio, un fantasma blanco aparece tras la puerta vidriera. Fiepin á Juana y ríe malignamente. Juana, entreviendo á la Desconocida, se incorpora sobresaltada. La Desconocida desaparece.

JUANA.

¡Esa...! ¿Quién es...? ¡Ay, Dios mío!

La entreví casi dormida,

Pero me deja transida

De horror, de miedo y de frío...

¡Huyó de mí... Mas ¿por qué

Tengo miedo de una sombra

Que de mi vista se asombra

Y así me teme? No sé...

Abro de par en par la puerta vidriera y se precipita en la campiña.

## ESCENA TERCERA

### LA ANCIANA SOLA

Despierta como sobrecojida por un sueño, busca á Juana con los ojos y corre al dormitorio.

LA ANCIANA.

¡Juana! ¡Juana! ¿Estás dormida?  
¡No me responde! ¡Su lecho  
Está vacío! ¡Ay! Mi pecho  
Siento que estalla! ¡Mi vida!  
¡Juana!... ¡Juanal!... Un eco frío  
Me contesta... Si habrá osado  
Ese Alberto... ¡Me han robado,  
Me han robado el angel mío!

*Sale corriendo.*

## ESCENA CUARTA

LA MENSAJERA Y ALBERTO

*La Mensajera sale del dormitorio y se asoma á la puerta de la izquierda, llamando á alguien. Aparece Alberto, pálido y preocupado.*

ALBERTO.

*(Cubriéndose la cara.)*

¡Y aquí será la cita!

LA MENSAJERA.

No pienses más en Juana.

ALBERTO.

— Quita, quita.

¡Traicionarla en su casa!

LA MENSAJERA.

*(Aparte.)*

Una nube que pasa

Por su espíritu débil.

*(Á Alberto.)*

Dime ¿lloras?

ALBERTO.

*(Dejándose caer en una silla, al lado  
del clavicordio y contemplando el  
sitio vacío frente al teclado.)*

¡Dios mío! ¡Cuántas horas

De mi vida he pasado

En este sitio y ella aquí, á mi lado!

LA MENSAJERA.

*(Colocándole una mano sobre el hombro.,*

¡Alberto!

ALBERTO.

—¡Cuántas noches  
Me dijo aquí en el canto sus reproches!  
¡Me parece escucharla!

LA MENSAJERA.

—Olvida, olvida.  
Todo es falso en la vida.

ALBERTO.

Era su voz tan suave  
Como el arrullo tímido de un ave.

LA MENSAJERA.

Todo es lodo, costumbre y apariencia,  
Sin luz ni consistencia.

ALBERTO.

Su mirada doliente  
Era un beso de amor sobre mi frente.

LA MENSAJERA.

Sensaciones pueriles  
Que suben de los órganos más viles.

ALBERTO.

*(Sin oírlo y todo abstraído.)*

Y entonces yo, con trémulos excesos,  
Los ojos la cerraba con mis besos.

LA MENSAJERA.

Miserable calor de la materia  
Que levantó fantasmas en tu histeria.

ALBERTO.

¡La duda, sí, la duda,  
Al sueño de mi vida echó su muda  
Silueta descarnada,  
Y me hizo amar el sueño de la nada!

LA MENSAJERA.

Y la nada es el bien. En ella sola  
Cesa de hervir la ola  
Inútil, turbia, en que se agita triste  
Lo que del cieno de la vida existe.

ALBERTO.

¿Y dónde está esa pálida figura  
Que soñó mi locura

Como ideal Nirvana ;  
Que el alma aleja de la forma humana?

LA MENSAJERA.

Solo un minuto espera.

ALBERTO.

*(Volviendo á contemplar el sitio vacto.)*

¡Estoy temblando y sufro, Mensajera!

LA MENSAJERA.

Es tu mísera carne que abandona  
La vida y aun tu espíritu aprisiona,  
Y trémula y cobarde  
Quiere que el sueño de la nada tarde.

ALBERTO.

Entre sus fríos brazos,  
¿Podré romper los implacables lazos  
Que al pasado encadenan  
Mi alma, y mis placeres envenenan  
Con la memoria vana  
De una visión lejana?

LA MESAJERA.

Con ella nunca más á la memoria  
Tu juvenil historia  
Retornará trayendo entre sus alas  
Esos recuerdos de ilusorias galas.

ALBERTO.

¿Dices que el labio mío  
Besará sin calor su labio frío,  
Y su glacial ternura  
Será exenta de pena y amargura?

LA MENSAJERA.

A su fulgor sereno,  
Nunca el mortal veneno  
Del hastío ceñudo  
Malogrará con su sarcasmo rudo  
La misteriosa calma  
Que dormirá en tu alma.

ALBERTO.

Dime: la torva idea  
Que lúgubre aletea

Sobre mi triste frente,  
¿Se dormirá también aquí en mi mente?

**LA MENSAJERA.**

Nunca vendrá esa impía  
A despertar tu enferma fantasía.

**ALBERTO.**

El eterno problema  
Del más allá con su obsesión me quema;  
Siempre su negro enigma  
Mató mi bienestar con el estigma  
De un anhelo indecible  
Por descifrar la incógnita imposible;  
Si en el regazo ignoto  
De esa deidad no está el enigma roto,  
Es mentira el encanto  
Que tú, mujer fatal, endiosas tanto.

**LA MENSAJERA.**

Nada temas, Alberto:  
La fiebre, la ansiedad, tu afán incierto,  
Tu recuerdo importuno

Y tu hastío recóndito, ninguno  
De esos fantasmas que inventó la vida,  
Te turbará en la paz desconocida  
Desde donde te llama  
Esa mujer que tus favores ama.

ALBERTO.

Aun me asalta una idea  
Y mi alma indecisa titubea:  
¿Qué será de mi Juana  
Si lo sabe mañana?

LA MENSAJERA.

*(Impaciente.)*

¡Tu Juana! ¿Y á qué viene  
Su recuerdo pueril y te detiene?  
¿Qué vale ese amorío,  
Prometedor de goces y de hastío,  
Pasajero y mundano,  
Comparado al arcano  
De la eterna ternura  
Que la deidad incógnita te augura?

ALBERTO.

*(Pensativo.)*

Mi Juana dulce y buena  
Se morirá de sentimiento y pena,  
Si perjuro la engaño  
Con el fantasma extraño  
Que te envía. ¿No sabes que entre excesos  
De ternura, con lágrimas y besos  
La juró el alma mía  
Que ciego eternamente la amaría?

LA MENSAJERA.

Su dolor y su muerte  
No podrán con su influjo conmoverte  
Cuando en la inmensa calma  
Del Nirvana ideal repose tu alma.  
Una lágrima más en la infinita  
Eternidad de lágrimas ¿excita  
Tu piedad al extremo  
Que así vacilas ante el bien supremo?

ALBERTO.

*(Contemplando el vestido de novia de  
Juana.)*

Una mortaja... y una  
Corona de azahar... Dime, ¿ninguna  
Tumba se abrió para enterrar á Juana?  
Toma flores, hermana.

*Deshoja los azahares sobre el vestido.*

ALBERTO.

Díme, mujer, ¿porqué no brota llanto  
De mis ojos? ¿Con qué maldito encanto  
Me bebiste las lágrimas? ¡Dios mío!  
¡Si ahora corazón lo siento frío!  
¿Vivo aún en el mundo?

LA MENSAJERA.

El mundo es ruín.

ALBERTO.

—¡Qué sueño tan profundo  
Pesa sobre mis párpados!... La vida...  
¡Oh qué lejos está! Siento extinguida  
Ya su llama en mi sangre. La Quimera  
Me mira con su enorme calavera.

LA MENSAJERA.

Ya se acerca tu amada  
Más fuerte que la vida y que la nada.

## ESCENA QUINTA

LOS MISMOS, LA DESCONOCIDA

-----

En la campiña, por entre los árboles más alejados, vaga la silueta de la Desconocida, que se aproxima lentamente.

ALBERTO.

*(Palideciendo.)*

¿Será tal vez aquella  
De apariencia tan pálida?

LA MENSAJERA.

—Sí, es ella;

¿La ves con qué divina  
Y misteriosa magestad camina,  
Y hacia aquí se adelanta  
Moviendo sin rumor su leve planta?

ALBERTO.

Nunca soñó mi anhelo  
Tan bellos los arcángeles del cielo.

LA MENSAJERA.

(*Insinuante.*)

¡Qué fría y seductora!

ALBERTO.

Ya sin oír la el corazón la adora.

LA MENSAJERA.

¿No es verdad que su pálida figura  
Deposita en tu alma una ternura  
Sin calor y tranquila,  
Como el rayo de luna que destila  
Entre los pliegues blancos  
De su túnica sutil, y sus flancos  
Vírgenes delinea?

ALBERTO.

Sí... mi alma aletea  
Dentro de mí como una mariposa,  
Que rompa su prisión y que amorosa

Volar intenta ciega  
Hasta la luz que en su explosión la anega.

LA MENSAJERA.

Y el Nirvana profundo  
Por que tantos deliran en el mundo,  
Le hallarás en el seno  
De su hechizo sereno.

ALBERTO.

Pero... ¿por qué en la sombra se detiene  
De aquel negro ciprés...? ¿Por qué no viene?

LA MENSAJERA.

Mírala, Alberto: creo  
Que te hizo una seña.

ALBERTO.

—Sí, la veo...

Me está llamando.

LA MENSAJERA.

—Acude,

Y ese temor sacude

Que inquieta todavía  
Tu corazón.

ALBERTO.

*(Acudiendo á la Desconocida.)*

¡Quiero que sea mía!

Escena muda. Alberto se junta con la Desconocida bajo la sombra del ciprés. Ella se apoya en el hombro de Alberto, le lleva consigo, y ambos desaparecen, poco á poco, en la sombra. Por la puerta de la izquierda torna Juana llorando.

## ESCENA SEXTA

LA MENSAJERA Y JUANA

LA MENSAJERA.

*(Aparte, detrás de Juana.)*

Esta es la novia de Alberto.

JUANA.

*(Aparte.)*

¡Piedad! ¡Ay, Dios!

LA MENSAJERA.

*(Aparte.)*

—Gime y llora,  
Que igual te valiera ahora  
Ir tras la sombra de un muerto.

JUANA.

*(Se aproxima vacilante á la puerta del  
dormitorio.)*

¡Casi parece la entrada  
De una tumba!

LA MENSAJERA.

*(Aparte.)*

—Sigue, sigue,  
Pobre insensata; y castigue  
Yo la intención desvariada  
De tu cariño villano.

JUANA.

*(Aparte)*

El corazón se me hiela...  
Mi alma loca recela  
Que ya no es mío.

LA MENSAJERA.

—Y en vano  
Sueñas aún encontrarle  
Y en sus promesas aun sueñas;  
Y en vano, en vano te empeñas  
Todavía por buscarle.

JUANA.

Mas ¿quién aquí me responde  
Que toda tiemblo de frío?

LA MENSAJERA.

¿Quién? Ja, ja, ja.

JUANA.

(*Sin verla aún.*)

—¿Quién, Dios mío

Así se ríe? ¡Ay! ¿Adonde  
Estás maldita...? ¿Eres tú?

Hinea sus manos en el seno de la mensajera.

¿Tú que á Alberto de mis brazos  
Arrancaste? Aquí pedazos  
Te haré.

LA MENSAJERA.

¡Ja, ja, ja!

JUANA.

(*Espantada.*)

—¡Jesús!

Escena muda. Juana retrocede estremeciéndose. La Mensajera la sigue mirando, con una risa implacable.

¡No es esta...! Perdón, perdón.

Se arrodilla ante la Mensajera.

Tu solo contacto para  
Toda mi sangre, y tu cara  
Me aterra...! ¡Ay...!

LA MENSAJERA.

(*Tocando á Juana en los labios.*)

—¡Calla, local

¿Por qué perturbas así,  
Con tu ciego frenesí,  
La paz nocturna?

JUANA.

—¡Mi boca

Hielan tus dedos! No más

Me toques, por Dios...! Mas dime:  
¿Dónde está Alberto?

— Reprime

Tu exaltación.

JUANA.

--¿Me dirás

Quién me robó su cariño?

LA MENSAJERA.

¿Hace tiempo te quería?

JUANA.

Toda su alma era mía

Cuando él aún era un niño.

Pero dime...

LA MENSAJERA.

(*Interrumpiéndola.*)

—¿No has pensado

Nunca que acaso su anhelo

Suspiraba por un cielo

Más ignoto y alejado?

## JUANA.

¿Qué dices? ¡Oh! Calla y deja  
De asustarme con extrañas  
Preguntas. ¡Bah! tú me engañas;  
Tu faz de hielo refleja  
La traición y la ironía,  
Y si no eres mi rival,  
Es algo tuyo fatal  
Lo que causa mi agonía.  
Aparta, aparta tus ojos  
De mi rostro; tus miradas  
Son como crueles espadas  
Hartas de sangre y despojos.  
Jamás te vi, pero siento  
Que nada humano palpita  
Bajo tu seno, maldita!

## LA MENSAJERA.

Tu secreto pensamiento  
¿No sospechaba ficticio  
El calor de su ternura?

JUANA.

¡No! Su alma era ardiente y pura;  
Solo un intame artificio  
Pudo entibiar su pasión.  
¡Pero no, yo desvarío!  
No ha de poder. Siempre mío  
Será su fiel corazón.  
Tú eres un sueño sin duda  
Que me atormenta dormida,  
Y tu sombra maldecida  
Se romperá cuando acuda  
La luz del sol y despierte.

LA MENSAJERA.

Sombra eres tú, ser mutable;  
Pero yo estoy inmutable  
Sobre la vida y la muerte.

JUANA.

¡Ay! Tu palabra destruye  
Hasta la chispa postrera  
De mi ilusión

LA MENSAJERA.

— Desespera,  
Y en tu querrela concluye.  
O si en buscar una sombra  
Tu pobre sombra se obstina,  
Por ese lado camina,  
Sigue el sendero que alfombra  
La pálida luz del astro,  
Y al terminar la llanura  
Sobre los montes procura  
No perder el débil rastro  
De los pasos de tu amante.

JUANA.

¿Y hasta donde?

LA MENSAJERA.

— Hasta una gruta  
Que hay en el fin de esa ruta.

JUANA.

— ¡Adiós!

LA MENSAJERA.

—¡Adiós, alma errante!

## ESCENA SEPTIMA

LA MENSAJERA Y LA MADRE DE JUANA

Viene la madre de Juana, desgreñada y enloquecida por la inquietud.

LA ANCIANA.

*(Con voz ahogada á la Mensajera.)*

¡Mi hija... di... por favor!

¿La viste acaso? ¿La viste?

¡Habla!

LA MENSAJERA.

*(Aparte.)*

Sea...

LA ANCIANA.

—¿Qué dijiste?

LA MENSAJERA.

A ti nada.

LA ANCIANA.

--Por amor

De Dios habla... ¡Ay! ¡Mi hija!

Entra en el dormitorio, da unos pasos en la sombra y vuelve a salir.

LA MENSAJERA.

En vano gritas así.

LA ANCIANA.

¡Ay no! ¡No ha tornado aquí!

LA MENSAJERA.

*(Aparte.)*

Ya mi intención está fija.

LA ANCIANA.

Mas tú, insensible mujer,  
Fantasma ó sombra maldita  
Que mi angustia más irrita,  
¿Quieres, por Dios, responder?

LA MENSAJERA.

¿Vas buscando á Juana?

LA ANCIANA.

—Sí.

¿La viste, dime? ¡Responde!

LA MENSAJERA.

La vi

LA ANCIANA.

--¿Sola?

LA MENSAJERA.

—Sí.

LA ANCIANA.

—Por donde,

Dime, se fué?

LA MENSAJERA.

—Por allí.

**La Mensajera le señala un camino opuesto al que ha tomado Juana.**

**La Anciana parte corriendo y la Mensajera ríe.**

## CUADRO SEGUNDO

A la derecha, una campiña que se prolonga hacia el fondo en una perspectiva montuosa, selvática, erizada de pinos enfermizos. Muy atrás una montaña que resplandece en su nieve, sobre el valle, la luz de la luna. A la izquierda ocupa la escena una sala oscura y fría. Como único mueble, un tripode y sobre él una calavera. En el fondo, una puerta muy baja conduce a un aposento sumido en obscuridad absoluta. A la derecha la puerta que comunica con la campiña.

Alberto y la Desconocida vienen paseando por la campiña.

## ESCENA OCTAVA

ALBERTO Y LA DESCONOCIDA

ALBERTO.

*(Con un ramo de asfodelos.)*

Cómo ahuyentan la sombra de mis males

Tus perfumes letales!

Bajando el camino de la montaña lejana, se distingue vagamente  
la silueta blanca de una mujer.

LA DESCONOCIDA.

¿Aun recuerdas la vida?

ALBERTO.

— Como un vago

Fantasma de ficciones y de halago

Que para siempre pierdo.

LA DESCONOCIDA.

¿Te acosa todavía algún recuerdo

De tu ruin existencia?

ALBERTO.

Una blanca apariencia

Me acosa todavía.

LA DESCONOCIDA.

— ¿Te parece

Sentir aún que cadenciosa mece

Tu oído una lijera melodía?

ALBERTO.

La escucho como en sueños todavía.

LA DESCONOCIDA.

¿También la sombra del dolor supones?

ALBERTO.

Así como en lejanos nubarrones  
Que flotan al azar por el vacío.

La silueta lejana, apareciendo y desapareciendo rápidamente entre  
los pinos, se va aproximando.

LA DESCONOCIDA.

• ¿Imaginas llevar un peso impío  
De carne y de miseria?

ALBERTO.

Siento como si aún en la materia  
De un cuerpo me arrastrara.

LA DESCONOCIDA.

(*Abrazándole.*)

Ven en mi seno á reposar tu cara.

Le arrastra lentamente hacia la casa. Mientras cruzan así la os

cena, se distingue, ya clara á la luz de la luna, la silueta de Juana que viene bajando despavorida y ansiosa. En el momento de pasar el umbral, Alberto se vuelve, levanta bruscamente la cabeza y se detiene: pero la Desconocida le sigue arrastrando y entrambos van acercándose á la puerta baja y oscura que hay en el fondo del aposento.

LA DESCONOCIDA.

Tal vez ansías al dolor la vuelta?

ALBERTO.

*(Inquieto.)*

Me pareció entrever la forma esbelta  
De una mujer.....

LA DESCONOCIDA.

— Alberto, Alberto, ¿cuándo

Tú me amarás?

ALBERTO.

— De una mujer llorando,  
Perdida entre los lúgubres pinares  
De la montaña.

LA DESCONOCIDA.

— Ven, Alberto, oprime  
Tu cabeza á mi sien.

ALBERTO.

—¡Oh, dime, dime!

¿Será tal vez mi Juana?

**Juana** llega y cae extenuada de dolor y cansancio, ante la puerta; hace vanos esfuerzos por abrirla y golpea desesperadamente; la puerta no produce ni el ruido de un oco.

LA DESCONOCIDA.

*(Arrastrándole:)*

La vida torpe y vana

Te proyecta su sombra y te persigue.

ALBERTO.

*(Oyendo gemir á Juana.)*

¡Escucha, escucha!

LA DESCONOCIDA.

—Sigue

Mi paso Alberto.

ALBERTO.

—¡Escucha!

LA DESCONOCIDA.

¡Pobre alma que lucha

Sobre el umbral eterno!

ALBERTO.

Un gemido escuché, doliente y tierno...  
¿Es Juana que me llora...?

LA DESCONOCIDA.

Ven á dormir aquí tu eterna hora.

Llegan ante la puerta oscura. Alberto vuelve su rostro suspirando. Entrambos entran, descendiendo, y desaparecen en la sombra. Juana, en ese instante, logra abrir la puerta exterior.

## ESCENA NOVENA

### JUANA Y LA DESCONOCIDA

Juana se detiene, observa la mesita de ébano y al fin, súbitamente, se precipita hacia la puerta oscura del fondo. La Desconocida aparece en el umbral y se adelanta glacialmente hacia Juana que retrocede.

JUANA.

Tu contacto me hiela,  
Y un espantoso enigma me revela

Tu blanca faz impía.  
¿Qué absurda simpatía  
Pudó inspirar al corazón de Alberto  
Tu imagen parecida á la de un muerto?

### LA DESCONOCIDA.

Soy acaso más bella  
Que tú. Tal vez destella  
Mi hermosura una luz propicia y calma  
Para su débil alma;  
Nada más que mi encanto  
Le arrodilló á mis pies bañado en llanto,

### JUANA.

¡No digas más! ¡Ay...! Mira:  
Estoy muriendo de dolor... La ira  
Ya me empaña los ojos...  
Siento no sé qué antojos...

Quiere arrojarle sobre la Desconocida, retrocede convulsa y se apodera de la calavera colocada en la mesita. Se la arroja, pero la calavera se estrella contra el muro.

### LA DESCONOCIDA.

Escucha, Juana: en vano

Vas á luchar contra el fatal arcano  
Que protege y escuda  
La majestad de mi potencia muda.  
Encadenar un sueño,  
Le sería más fácil á tu empeño,  
Que rescatar tu amante  
De las cadenas de mi amor triunfante.

*pone á llorar, cubriéndose la cara.*

Yo le amaba en secreto tiempo hacía;  
Él mi amor presentía,  
Como vaga quimera  
Que su tristeza germinar hiciera.  
Tú entonces fuiste el lirio predilecto  
De su infantil afecto,  
Porque al calor de tus caricias tiernas  
Calmaba sus internas  
Importunas nostalgias. Desolado  
Y en el mundo extraviado,  
Se refugió en tu amor, como el perdido  
Pajarillo, que al nido  
Se recoje de un árbol extranjero,  
Pero allí gime por su propio alero.

JUANA.

*(Llorando.)*

¡Qué palabras oscuras  
Y engañosas y tristes me murmuras  
En tu lenguaje extraño!

LA DESCONOCIDA.

Parece la verdad solo un engaño,  
Si en el cielo mentido,  
Del amor mucho tiempo se ha vivido

JUANA.

Pero si el alma aspira  
Su vida y su placer de esa mentira,  
Si á la ilusión abandonarse quiere  
Porque al chocar con la verdad se muere  
Si mentira es la esencia  
De donde brota virgen su existencia,  
Y el alma se hace tumba  
Si la ficción del alma se derrumba:  
¿Porqué de esa mentira me desatas  
Y con la luz de la verdad me matas?

LA DESCONOCIDA.

Porque Alberto no es tuyo..

JUANA.

¡Ay, es verdad!

LA DESCONOCIDA.

—Y así en tu alma destruyo

Ese germen de pena

Que roe el corazón si mira ajena

La dicha, que parece más hermosa

Cuando está más lejana y misteriosa..

JUANA.

El me amaba... ¿Es posible

Que así muera un amor indestructible?

LA DESCONOCIDA.

El te amaba... Tal vez; pero en el fondo

De su cariño un hondo

Malestar sin cesar le atormentaba..

Y su amor apagaba

Esa inquietud ignota

Que suscitaba mi visión remota.

*Juana estalla en sollozos.*

A veces cuando á solas con Alberto  
Te estabas en el huerto,  
Y á él abandonada  
Languidecías de sentirte amada,  
Yo solía acercarme  
Y oculta entre los árboles quedarme,  
Para espiar tu idilio fugitivo  
Con el que es hoy mi eterno y fiel cautivo.

*Juana cae de rodillas, anonadada por el dolor y sollozando desgarradoramente.*

Pero si tanto amor por él encierra  
Tu alma, que en la tierra  
Nunca hallarás para tu mal abrigo,  
Ven á mi seno amigo.  
Amémosle las dos. Deja abrazarte,  
Y mi dicha comparte.

*Le pasa una mano por el cuello. Juana queda un instante paralizada, entre los brazos de la Desconocida, mirándola con ojos azorados.*

Seremos compañeras de cariño,  
En su frente de armiño

Un solo beso entrambas coloquemos  
Y nuestro amor juntemos

JUANA.

*(Desasiéndose de ella violentamente.)*

¡No, no...! ¿Quién eres, dime,  
Tú cuya vista el corazón oprime,  
Tú cuyo solo tacto  
Me hiela con su fúnebre contacto,  
Y así me ofreces compartir ahora  
La pasión del infiel que tu alma adora?

LA DESCONOCIDA.

*(Muy fríamente.)*

Alma no tengo.

JUANA.

—¡Qué! ¿No tienes alma?

LA DESCONOCIDA.

Como una mar en calma,  
Sin límites ni fondo ni ribera,  
Que sobre los espacios extendiera  
Su inmensidad callada

Así es mi esencia á tu razón vedada.  
Si quieres, como Alberto, comprenderm  
Ven y en mi seno duerme.

JUANA.

¡No! ¡Jamás! Yo le quiero  
No más que mío! ¿Sabes tú? Prefiero  
Verle en tus brazos maldecidos preso,  
Y tuyo para siempre, que su beso  
Dividirlo contigo.  
¡Tú me horrorizas! tu hálito enemigo  
Contra ti me subleva  
Y á la locura del dolor me lleva.  
¡Me lo robaste! ¡Bueno!  
¡Guárdalo sola en tu insensible seno!

*Extiende los brazos, desvariada, y huye. En el umbral de la puerta que da al exterior, se detiene bruscamente, inmovilizada por una voz lamentable que la llama desde la pieza oscura del fondo.*

JUANA.

¿Qué voz es esa?

LA DESCONOCIDA.

— Alberto que te llama,  
Porque á las dos nos ama.

JUANA.

¡Ay! ¡Alberto! ¡Aquí estoy! ¡Alberto! Deja  
Que te escuche otra vez. ¿Porque tu queja  
Lanzas así? ¿Qué tienes?  
¿Porqué á mi grito de dolor no vienes,  
Y así mi nombre sin calor murmura  
Tu voz con melancólica dulzura?

*Camina vacilando hasta la estancia contigua.*

LA VOZ DE ALBERTO.

¡Ven!

JUANA.

*(A la desconocida que le cierra el paso.)*

—Maldita!

LA VOZ DE ALBERTO.

—¡Ven!

JUANA.

—Sí.. ¡Déjame paso!

Rompe después mi corazón, si acaso  
Tienes celos de mí! Rompe ó desata

Mis brazos de su cuello... Escucha: mata,  
Destruye y aniquila  
Todo mi ser, tu rígida pupila  
Clava en mi pecho cual puñal bravío.  
A tu regazo frío  
Como víctima tuya me encadeno  
Y á ser tu eterna esclava me condeno.  
Haz de mí lo que quiera  
Tu odio y tu maldad; pero siquiera  
Deja un instante que otra vez le vea,  
Deja que mío un solo instante sea,  
Que le diga mi adiós, y entre sus brazos  
Se haga mi alma con su amor pedazos!

#### LA DESCONOCIDA.

Son tus suplicas vanas.  
Si quieres, como hermanas  
Le amaremos las dos. El ya no puede  
Dejar de amarme. Cede.

#### JUANA.

¡Amarle yo contigo!

LA VOZ DE ALBERTO.

--¡Ven!

LA DESCONOCIDA.

--¿Lo quieres

Así Juana? O prefieres

No verle más?

LA VOZ DE ALBERTO.

--¡Ay, ven!

LA DESCONOCIDA.

--¿Aceptas?

JUANA.

*(Después de vacilar un momento, presa  
de una lucha terrible.)*

--Bueno...

LA DESCONOCIDA.

*(Triunfante.)*

Vuestro lecho nupcial será mi seno.

## ESCENA ÚLTIMA

**Escena muda.** Juana queda inmóvil, con los ojos fijos en la puerta de la estancia oscura. Alberto aparece en el dintel, envuelto en un lienzo blanco, como la Desconocida, y el rostro lleno de una palidez mortal. Se adelanta hacia Juana. Esta hace un movimiento como para arrojarse en los brazos de Alberto; pero queda súbitamente quieta. Envuelta en los pliegues del mismo sudario que cubre á Alberto, ambos se miran silenciosamente. Luego los tres caminan hacia la puerta de la estancia oscura y desaparecen lentamente, bajando en la sombra del Nirvana.

---



# CANTOS INGENVOS



DE CÓMO JESÚS CUANDO TENÍA DOCE AÑOS  
FUÉ VISITADO POR CUPIDO

Eros, que en Chipre Venus retenía preso,  
Voló á Jerusalén y vino á dar un beso  
Al niño Dios, un día  
Que manso y grave discutió á los viejos calvos.  
En el templo judío. «Y solo serán salvos  
Los que crean que soy hijo de Dios», decía.

Eros abriendo mucho sus alitas gualdas,  
Por ocultar el arco fijo á sus espaldas,  
Se sentó en las rodillas  
De Jesús. Y Jesús que siempre amó á los niños,  
Dejó á los viejos y se puso á hacer cariños  
Al Eros, que le hirió besando sus mejillas.

Cristo sonriendo con su modo triste y bueno,  
Se sacó una saeta de su intacto seno.  
Otra saeta aguda  
Se le clavó certera en el sagrado flanco,  
Sin que su rostro puro se pusiese blanco  
Por la emoción de quien el dulce Amor demuda

Cupido por primera vez se puso serio;  
Aquel niño Jesús se le antojó un misterio,  
Sus miradas estáticas  
Le parecieron llenas de una gran ternura.  
Y por un largo rato henchido de amargura,  
Eros miró á Jesús con sus pupilas áticas.

Tornado á Chipre, Venus tuvo un grande susto  
Cuando le vió rehuirla con gestito adusto.

Al fin contó su pena,

Y Venus vagó inquieta por el bosque cálido.

Después, cuando Jesús fué un hombre bello y pálido,

Eros voló á vengarse hiriendo á Magdalena.



**DEL LLORO DE LOS ABEDULES POR LA TRISTEZA  
DEL HIJO DEL REY**

En otro tiempo cuando todavía  
Se casaban princesas con zagales,  
Y las cosas que un hada refería  
Eran reales.

Un príncipe una vez llevando un coro  
De pajes por un campo de abedules,  
Vio una zagala de cabellos de oro  
Y ojos azules.

Aquella noche el príncipe no pudo  
Dormir. Pensó en su nueva y rara estrella,  
Y cuando le venció el cansancio rudo,  
Soñó con ella.

Y lloró largo rato al otro día  
Su novia antigua, la princesa Atala,  
Cuando la dijo él que se moría  
Por la zagala.

Dejó el negro castillo, y hacia el prado  
De abedules guió su yegua blanca,  
Que alzaba un cojín rojo recamado  
Sobre su áncra.

Y no hizo caso al rey que desde una  
Ventana del castillo, con la mano  
Le maldijo y su estirpe y noble cuna  
Le gritó en vano.

Luego en el alto bosque de abedules  
Entró seguido de un tropel de pajes.  
Que parecían damas con azules  
Y albos encajes.

Entre los troncos pálidos envióles  
El sol sus vivos tonos de escarlata.  
Iba como en un sueño, entre arreboles,  
La cabalgata.

En un oculto espacio de pradera,  
La zagala, de traje gris raído,  
Conversaba con un zagal que era  
Su prometido.

Y bajó de su yegua blanca el hijo  
Del rey, todo encantado de su empresa,  
Y á la zagala habló:—¿Sabéis, le dijo,  
Que sois princesa?

Ella al oír aquella voz tan suave,  
Sintió, indecisa, el corazón opreso.  
Pero al zagal, como en compensa grave,  
Le pidió un beso.

El príncipe, azorado, quedó mudo  
De pena. Contempló al zagal sencillo  
Y se puso á llorar. Después, ceñudo,  
Tornó al castillo.

Tras pasados de luengos rayos de oro,  
Sobre los pajes pálidos y azules,  
Parecían seguir su amargo lloro  
Los abedules.

DE COMO ENTERRARON Á UNA HERMANA  
QUE ERA IMPÍA

En el claustro no suenan las campanas  
Mientras pasa el cortejo funerario;  
Y la senda del huerto solitario  
Siguen en muda hilera las hermanas.

La pica rompe las tupidas lianas  
Atrás de la pared del campanario,  
Y sin una oración, en el osario  
El cuerpo arrojan y sus pompas vanas.

Después retornan por el claustro umbrío;  
Cae la calma sobre el huerto, y una  
Pálida claridad echa la luna.

Vienen la soledad, la noche, el frío...  
Y aquella hermana impía, ni siquiera  
Tiene una pobre cruz por compañera.

DEL PRINCIPE QUE SE CASÓ CON UNA ZAGALA  
Y DESPUÉS CON UNA PRINCESA

Moría el hijo del rey  
En su lecho rojo y oro;  
Y afuera, con susto y lloro,  
Temblaba la pobre grey.

Era inútil todo el celo  
Del sabio médico real;  
Mataba al príncipe un mal  
Que era extraño en aquel suelo.

.

Y fué consultado un mago  
Y él preguntó á las estrellas;  
Llegando la noche, ellas  
Le hicieron un signo vago.

Corriendo la selva oscura  
Halló una pobre zagala,  
Que por prestigio y por gala  
Lucía suave hermosura.

Ella pensábase sola.....  
Alzó del suelo una flor,  
Ya marchita y sin color  
Su mutilada corola.

«Pobre flor, un beso mío  
Puede volverte la vida»;  
Y á sus labios oprimida,  
Cobró la flor su atavío.

Y la vió palidecer  
El mago al dar aquel beso,  
Como si diera en exceso  
Con sus caricias su ser.

El mago volvió á la sala  
Del palacio. Y al rey dijo:  
«Debe casarse tu hijo  
Con una pobre zagala.

Y el mago y el rey la hicieron  
Echar su verde corpiño;  
Y con un manto de armiño,  
Nieve y oro la vistieron.

Un viejo fraile casóla  
Con el mancebo enfermizo,  
Y una grave cruz les hizo  
Con la manga de su estola.

Y al hijo del rey su mal  
Fué dejando y su dolor;  
Que un loco nido de amor  
Era la sala nupcial.

Él, por afán de vivir,  
Un beso más la pedía,  
Hasta que pálida un día  
La vió en sus brazos morir.

El hijo del rey su alma  
Sintió de pena estallar;  
Después, huyendo el pesar,  
Tornó á su vida la calma.

Un año después fué presa  
De un gran júbilo la grey,  
Y casó el hijo del rey  
Con una hermosa princesa.

DE COMO MANÓN LESCAUT, POR NATURAL  
BONDAD, HACÍA GOZAR Á LOS PASTOR-  
CITOS INOCENTES.

Como entre sedas de un ensueño blanco  
Queda el zagal ante Manón risueña.  
Tendida junto á un tilo, ella le enseña  
Bajo la saya su nevado flanco.

«Siéntate aquí. Como un mullido banco  
Mece mi falda tibia.» Y la pequeña  
Boca sonrío de Manón. «Tu dueña  
Soy, zagalito... mi corpiño arranco.»

Le mira suave como un angel bueno,  
Y le aduerme cantando, sobre el seno,  
Echándole su aliento perfumado.

De languidez, de susto y de ternura,  
Tiembra el pastor, una oración murmura,  
Y cae, entre caricias desmayado.

---

DE COMO ABRAHAM HUBO DE SACRIFICAR  
Á ISAAC

Eran los mansos tiempos de Jehova. Israel  
Componía una tribu escasa; y solo él  
Jehova temible y Abraham patriarca,  
Llenaban Canaán con apacible gloria;  
Y en el valle, ignorando su divina historia,  
Crecía el pueblo que Noé salvó en un arca.

— «¡Abraham! ¡Abraham!» gritó Jehová. Sumiso  
Se prosternó el patriarca. Allá en el paraíso  
Habló el Señor sobre una nube de oro:  
«Abraham, quiero tu hijo Isaac en una ofrenda»  
Tristemente Abraham se recogió á su tienda  
A unos ángeles fueron á espiarle en coro.

Al otro día despertó Abraham á su hijo.  
«Isaac toma este haz de leña y ven», le dijo.  
Y el pequeño Isaac siguió al anciano  
Llevando el haz de leña sobre su hombro tierno.  
Iba Abraham pensando en el terrible Eterno,  
Y temblaba el cuchillo en su derecha mano.

En el país de Morijá la tierra ondula  
Con altos montes. Y Abraham paró su mula  
Al pie del que Jehová le señalara.  
Asió del brazo débil de su hijo, y mudos  
Los dos penosamente, entre zarzales rudos,  
Subieron recordando como un sueño á Sara

Nada más que una vez hablaron:—«¡Padre mío!»  
Dijo el niño.—«Heme aquí» le respondió sombrío  
El anciano:—«No traes ni una oveja  
Al Señor...»—«El Señor ha de proveer.» Mas luego  
Isaac sin saber porqué un secreto ruego  
Levantaba al Señor en una vaga queja.

En la cumbre del monte hicieron un altar.  
Después sobre los leños comenzó á ligar  
El padre al hijo con un fuerte lazo.  
El niño estaba lleno de un mortal asombro,  
Y le puso Abraham su mano sobre el hombro  
Y alzó el cuchillo al aire su convulso brazo.

Entonces bajó un angel del Señor. Su gesto  
Tranquilo iluminó el estéril monte, y presto  
Contuvo el brazo de Abraham adusto.  
El niño preso contemplaba vagamente  
Luchar un carnerito entre la zarza ingente,  
Y Abraham de rodillas alababa al Justo.



**MI ESTRELLA AMIGA**

Rayo de luz que cae desprendido  
Desde la azul esfera,  
Y en su lengua sin forma ni sonido  
Susurra al alma: espera.

Destello de ilusión y de consuelo  
Que mi pesar mitiga;  
Tal vez enviado desde el puro cielo  
Por una estrella amiga;

Ven á mí. No te espante de mi alma  
La soledad estéril;  
Quédate, por piedad; su dura calma  
Romperá tu luz débil.

No reclama la mar sin movimiento  
Más que un soplo de brisa,  
Y sus dormidas ondas al momento  
La blanca espuma irisa.

Ya no quiero morir. La paz mortuoria  
Del frío cementerio  
No buscaré ya más. Y en vez, la gloria  
Vibrará en mi salterio.

Muerte, mi amada fiel, mi prometida:  
Ya no quiero juntarme  
Contigo. Ni en tu tálamo, querida,  
Sueño con refugiarme.

Hoy me causas horror. Perdona, muerte  
Este ingrato desvío  
De mi pasión. Mas ay, solo con verte,  
Tiemblo todo de frío.

¡Dulce rayo de luz! Tu brillo pálido  
Todo mi ser fascina.  
Mira cuan solo estoy. Ven á mi cálido  
Seno y en él domina.

Quiero sentirte en mis entrañas preso.  
Y á la caricia sutil  
De tu llama, romper feliz el peso  
De mi dolor inútil.

No te seduzcan de la negra noche  
Los cabellos y hechizos;  
Que las albas vendrán, con albo broche  
A recoger sus rizos.

Es la noche en mi alma más constante;  
Y es tan honda y oscura,  
Que en su sombra tu luz escintilante  
Puede brillar más pura.

Ven á dormir en mi amoroso pecho,  
Rayo de luz que lanza  
Mi estrella amiga. Ven al frío lecho,  
Tibia luz de esperanza.

DE CÓMO UN ZAGAL MATÓ Á SU AMADA  
CON UNOS LIRIOS BLANCOS

Erase un doncel garrido  
Que no sabía su amor,  
Y era casto y por la flor  
De las docellas querido.

Al pueblo tornando un día  
La trajo un suave asfodelo,  
Que un matiz de nieve y cielo  
Y un blando aroma tenía.

Y ella el aroma aspirando,  
Blanca, muy blanca se puso;  
«Tráeme siempre, repuso,  
Lirios de aroma tan blando»

Trajo más. Ella sus ojos  
Cerraba, palidecía,  
Y hasta su tinte perdía  
La flor de sus labios rojos.

{ Una vez la halló soñando,  
Puso en sus labios el lirio,  
Y ella entre sueño y delirio  
Quedó su aroma aspirando.

•  
Pero aquel raro perfume  
Era en su esencia letal;  
Tenía la flor un mal  
Que embriaga y turba y consume

Presentía el pobre amante  
Cruelles y ocultos engaños;  
Aquellos lirios extraños  
La daban otro semblante;

La trasmitían su leve  
Misteriosa contextura,  
Y á sus mejillas la albura  
De sus corolas de nieve.

Ella trémula y febril  
Le acercaba su respiro,  
Y él, inocente, un suspiro  
La daba en gaje pueril.

Una vez nombró á su dueño  
Exhalando un débil jay!  
Amores como esos hay  
Que los consume el ensueño.

Y un día la halló en su lecho,  
Pálida, pálida y fría...  
Ligera gaza cubría  
Su níveo y cándido pecho.

Tal vez aun muerta soñaba,  
Y entre sus labios de hielo,  
Un blanco, blanco asfodelo,  
Su mustio pétalo ajaba.

---

DE COMO LA VIRGEN TUVO ENVIDIA  
DE SANTA CECILIA

Cruzó la inmensa nave toda oscura,  
El viejo clavicordio abrió temblando,  
Y se detuvo á meditar. Un blando  
Soplo de paz bajaba á su clausura.

Sintióse sola, enamorada y pura.  
Y el éxtasis su cara iluminando,  
Sobre el teclado doblégó llorando  
Su enagenada y trémula figura:

Y salió de su alma la armonía,  
Como una paloma que sus vuelos  
En el místico seno retenía:

Junto al pálido Cristo de sus duelos,  
La Virgen escuchando parecía  
Derramar una lágrima de celos.

DE CÓMO ACABÓ EL IDILIO DE UNA ZAGALA  
CON EL PAJE DEL REY

Era un rey poderoso y bello como un astro.  
Su palacio ceñían capiteles de oro  
Sobre columnas altas de alabastro.  
Y este rey se salía en un caballo moro  
Que piafaba de orgullo en el dintel sonoro.

Cuando daba sus fiestas en la regia sala,  
Le cercaba una corte de princesas. Pero  
El rey se enamoró de una gentil zagala  
Y la enviaba su amor con el real arquero:  
«Dila que soy el rey y que su mano quiero».

Y ella lloraba, no por que temiera al rey,  
Sinó porque tenía amores con un paje,  
Un paje rubio y bueno. Y por terrible ley  
El niño estaba preso en un fatal paraje  
Donde no había cómo enviarle ni un mensaje.

«Haré morir al paje»—envió á decir un día  
El rey á la zagala. Y ella con su toca  
El llanto se enjugaba llena de agonía  
Y pues no daba el sí su linda y suave boca,  
Al paje despeñaron de una ingente roca.

No lloró la zagala por el pobre niño,  
Porque un grande pesar no trae nunca lloro.  
Esto el rey no sabía, y de nevado armiño  
Envióla un manto y luego una diadema de oro.  
Y él aguardóla erguido en su caballo moro.

Pero tornó el arquero con el manto y toda  
La presea real. El rey se puso lleno  
De tristeza y juró jamás haberse en boda.  
Y ella en cruz los brazos sobre el mustio seno,  
Amó por mucho tiempo al paje rubio y bueno.

---



COMMENT J'AIMAIS UNE FEMME QUI NE  
POUVAIT PAS AIMER

Je lui pris les deux mains murmurant ma prière  
Elle me regarda palpitant de terreur,  
Comme un enfant surpris au bois par le voleur,  
Qui tremble et va crier pour appeler sa mère.

Et je lâchai ses mains, plein de pitié souffrante.  
Elle était immobile et regarda le ciel,  
Et, comme s'éveillant de son ennui mortel,  
Elle fit quelques pas. timide et chancelante.

Un sanglot presque éteint s'échappa de sa lèvre.  
Et cachant son visage avec son petit bras,  
Laisa tomber pleurant, ainsi qu'un ange las,  
Ses longs cheveux epars sur ma poitrine en fièvre.

Nous étions ainsi seuls, sous la première étoile.  
Le haut laurier du parc chantait comme un grand luth.  
Sous mes yeux étonnés misterieuse Ruth,  
Je la sentais gemir faiblement, sans espoir.

Elle était toute à moi. Hélas! mais pourtant tous  
Ses sanglots me disaient: «Je ne peux pas aimer.»  
Et je la baisais, pâle... Et la nuit, le laurier,  
Et l'étoile du soir avaient pitié de nous.

## ESTANCIAS

### I

Su hechizo me atraía con el vago  
Dolor de los misterios.  
Y al pasar me dejaba sobre el alma  
Una estela de ensueños.

Yo quería saber lo que encerraba  
Bajo su frío seno:  
Y al verla indiferente á mi ternura,  
Me roían los celos.

II

Como suelen las rocas conmovearse  
Al influjo del tiempo,  
Cedió su corazón á las instancias  
De mi cariño ciego.

Y así como la flor que se deshoja  
De las auras al beso,  
Me dejó que sus vírgenes hechizos  
Le arrancara mi anhelo.

III

Después al desasirse de mis brazos  
Otra vez entornó sus ojos bellos.  
«Déjame» me decían sus miradas  
Con silencioso ruego.

Al comprender entonces que su alma  
Cual nunca de mi alma estaba lejos,  
Sentí que se quemaban mis mejillas  
Con lágrimas de fuego.

Y otra vez de rodillas á sus plantas  
Me arrojé sin aliento,  
Llorando igual que un niño ante la imagen  
De su primer desvelo.



DE CÓMO MI ALMA VA MURIENDO

Cuando veas venir hacia tu lado  
Una hilera de pálidas mujeres,  
Y por su modo te parezcan seres  
Que una temprana muerte ha malogrado

¡Oh! Cuando vengan en tropel alado  
Donde tus triunfos derramando fueres  
Y te pregunten trémulas si quieres  
Dar tus mejillas á su beso helado:

No las niegues entonces tu ternura,  
Déjalas todas reclinar en calma  
Sobre tu seno su semblante yerto.

Que no ajarán la flor de tu hermosura,  
Porque son sombras, hijas de mi alma  
Que muchas veces por tu amor ha muerto.

---

COMMENT L'ÂME DE MA BIEN AIMÉE N'ÉTAIT  
PAS SUR LA TERRE

Elle était fière, étrange, et un éclat divin  
Sortait de ses grands yeux et de son front hautain.  
Rien ne touchait son cœur. Les fleurs, le bois charmant,  
Pour elle étaient si peu que mon amour pleurant.  
On eût dit que son âme, absente en sa pensée,  
N'était pas sur la terre, ou que Dieu l'eût laissée,

Par oubli, dans ses mains, en modelant l'argile:  
Tant sa beauté sereine était froide et stérile.  
Je la sentais pareille aux statues de pierre  
Dont l'âme, absente aussi, n'habite pas la terre  
Mais d'un élan secret, humble songe du cœur,  
Palpita doucement dans l'âme du sculpteur.

---

DE CÓMO UNA NINFA, POR PARECER ESQUIVA,  
PERDIÓ DE SOLAZARSE CON UN FAUNO

Es la tímida ninfa.  
La linfa  
Bate ligero  
Su breve pie; y su flanco,  
muy blanco,  
Sumerge entero.

La sombría floresta  
Le presta  
Secreto abrigo;  
Y así en la sombra huraña  
Se baña  
Sin un testigo.

Luego su alba cintura  
Procura  
Ceñir la frágil  
Cinta de agua, que leve  
Se mueve  
Rítmica y ágil

Y en limpias gotas salta  
Y esmalta  
Su niveo seno,  
Que de pronto se agita,  
Palpita,  
De pasmo lleno...

Es un fauno que llega.,  
Se anega  
La ninfa en la onda;  
Pero queda flotando  
Temblando  
Su crencha blonda..

El fauno pasó mudo,  
Desnudo,  
Y se va triste.  
Cree que son los cabellos  
Destellos  
Que el agua viste.

Ella impaciente aguarda,  
¡Cual tarda!  
Piensa la ninfa;  
Siente una pena ignota,  
Y brota  
De entre la linfa.

Gira ansiosa los ojos,  
Sus rojos  
Labios bosquejan  
Un mohín de recelo,  
Y al cielo  
Mudos se quejan

La pobre ninfa mira;  
Suspira  
Con desencanto;  
Tarde ¡ay! se arrepiente,  
Y ardiente  
Brotó su llanto

---

## EL AMOR Y LA MUERTE

Una doncella sobre el monte huía,  
Agil subiendo con su pie ligero.  
Por el borde fatal del ventisquero,  
Un joven cazador la perseguía.

En el alba de nieve que ceñía  
Los picachos más altos, un lucero  
Fugitivo en la luz, por el sendero  
Lejano la doncella parecía.

Y allá en la agreste virginal altura,  
Al fin la alcanza el cazador, la nombra  
Y audaz oprime su gentil cintura.

Más ¡ay! resbalan en la fría alfombra  
Y al caer enlazauos á la hondura,  
Se entrechocan sus besos en la sombra

## VISIÓN

El rastro de la luna su alba estela  
    Simulaba en la alfombra,  
Y un aire voluptuoso de diameña  
Subía del jardín envuelto en sombra.

A media voz cantabas. Y tu acento  
    Con armonioso giro  
Mecía mi callado pensamiento,  
Como en la aérea cuna de un suspiro.

La música indecisa del piano  
Lentamente atraía  
Los ecos de tu voz; tu leve mano  
Sobre el teclado huía,

Desgranando en un suave ritornelo  
Su ritmo palpitante;  
Tímido á veces detenía el vuelo  
Tu cantar suspirante...

Y una nota, una tenue y débil nota  
Tembló sobre el teclado,  
Dejando tras de sí como una ignota  
Visión de beso alado...

En tus labios mi alma suspendida  
Desfallecía inerte,  
Y entraba en ese mundo en que la vida  
Se parece á la muerte.

Y un poema de luz y de imposibles  
De sueño y de locura,  
Flotó, como con alas invisibles,  
Sobre tu extraña cabellera oscura.

---

2

## ESTANCIAS

### I

Vagaba como sombra en mis ensueños  
Y mi amor era triste y resignado  
    Como el amor que tiene  
Una estrella á otra estrella en el espacio

Sin deseos, sin ansia y sin espera,  
Era casi feliz: el desencanto  
    Estaba de mi alma  
Con su cariño sin cesar lejano.

II

Y fue mía después. En un instante  
Loco de amor y de placer temblando,  
Un mundo de venturas misteriosas  
Aspiré de sus labios.

Ella fué la primera en despertar...  
Como un ángel del cielo desflorado  
Que gime ante el Señor, la vi de pronto  
Llorando entre mis brazos.

III

Ya saciado mi anhelo,  
Otra vez se alejó como esos vagos  
Fantasmas de ilusión ó de quimera  
Que flotan sobre cada desengaño.

Y quise resignarme.  
Pero cayó mi alma en el pasado,  
Y desde entonces por la tierra cruzo  
Con mi dolor de frenesí llorando.

## DEL AGUA QUE ACARICIÓ EL PIE DE LA ZAGALA

Bañaba en una fuente placentera  
Su satinado pie gentil pastora:  
Y el agua con caricia halagadora  
Rompió en torno al pie su lenta esfera.

Copo de nieve el piececito era  
Dormido entre la onda mecedora,  
Blanco reflejo de la rubia aurora  
Que la forma de un pie tomado hubiera.

Un zagal acercándose la mira,  
Y junto á ella sin decirla nada,  
Su adolescente corazón suspira.

Luego al ver que se aleja descuidada,  
Trémulo al agua la pupila gira  
Y se incendia de celos su mirada.

---

CUANDO ME PARECIÓ HALLAR EN LA TIERRA  
UNA PRINCESITA IMAGINADA

¿Eres tú, princesita de mi sueño,  
La que viene á mis ojos y me arranca  
Del hastío mortal? Mi casto dueño,  
¿Eres tú que apareces en mi ensueño  
Como sobre la mar un ala blanca?

Dime, dime, en voz baja, en el secreto  
Con que se dicen las extrañas cosas:  
La princesita de aquel sueño inquieto,  
Angel raro ¿eres tú? Habla: un discreto  
Susurro unió sus alas temblorosas ..

Y lo que digas no será entendido  
Sinó en mi alma. Nos diremos todo  
Lo que pensamos. Y el mundano ruido  
Llegará como un sueño hasta mi oído  
Cuando me mires con tu casto modo.

¡Princesita de amor...! Ya te creía  
Una ficción de mi primer deseo,  
De mi primer edad; una armonía  
Hecha en cuna de luz y que nacía  
De ingenuo y sensitivo devaneo...

Me pondré de rodillas como el que ora,  
Y será una oración la que pronuncie.  
Y el crucifijo sobre el que se ora,  
Será tu breve mano seductora  
Cuando la Gracia de tu amor se anuncie.

---



## DE LO QUE ME HIZO RECORDAR UNA MUJER

Cuando la vi caer tan mansa y buena,  
Sin goce ni locura ni delito,  
Pero llorando, en el lugar precito  
Donde lloró también la Magdalena;

Cuando en su suave albura de sirena  
La miré con un pánico infinito  
Mancillada, como un angel bendito  
Que sin Dios á los hombres se enagena;

Entonces recordé cierto delirio  
De mi edad infantil. Había un lirio  
Muy blanco entre los cardos de mi huerto;

Yo mimaba mi lirio y suponía  
Hasta un alma en su ser. ¡Y halléle un día  
Mustio y con huellas de reptil cubierto!

---

## ESTANCIAS

Soñé que te oprimías á mi lado,  
Posando con cariño  
Sobre mi boca ardiente  
Tus labios encendidos.

Palpitabas de amor. Tu nívea mano  
Jugaba con mis rizos,  
Tus ojos se embebían  
Lánguidos en los míos.

.

Y era mía tu carne, tu alba carne  
De mis desvelos íntimos  
Y el mármol de tu alma,  
¡Todo aquello era mío!

\*  
\* \*

Me desperté. Subían de la calle  
Los matinales ruidos.  
Y el sol bañaba mi aposento triste,  
Con sus rayos tranquilos.

\*  
\* \*

Estabas muerta. Llorando te besaba  
En el silencio rígido  
De la sala mortuoria  
Que alumbraban los cirios.

Y tus ojos sin luz, tus bellos ojos  
Abiertos por olvido,  
En mi rostro aterrado  
Se mantenían fijos.

Eras mía. Mis manos convulsivas

Jugaba con tus rizos,

Mi frente descansaba

Sobre tu seno frío.





DE COMO NO SE ME APARECIÓ UNA SOMBRA  
QUERIDA

Reí de mi pesar; el rubio vino  
Dispersó mis recuerdos, y un ensueño  
Con su espiral azul, cubrió risueño  
La implacable visión de mi destino.

Una mujer de rostro alabastrino  
Jugueteando me llamó su dueño,  
Y yo posé mi boca en su pequeño  
Húmedo labio de contorno fino.

Mas de pronto sentí cual si una sombra  
Vagara en torno mío por la alfombra...  
Quedó mi boca en aquel beso yerta

Sobre el húmedo labio; la mirada  
En el muro clavé toda azorada,  
¡Y vi el espectro de mi novia muerta!

---

# INDICE



## EL LIBRO DE LA DVDA

ΑΝΑΡΧΗ .....	PÁGINA	7
UNA VISITA DE CHOPIN.....		13
SERENIDAD .....		15
MÁS ALLÁ .....		25
EL INTRUSO .....		31
EL ANGEL BUENO ...		45
LAS TUMBAS ..		51
UN COMPAÑERO.....		61
MI ESPECTRO ..		63
POEMA		73
NIRVANA .....		75



## CANTOS INGENVOS

DE CÓMO JESÚS CUANDO TENÍA DOCE AÑOS FUE VISITADO POR CUPIDO .....	PÁG. 123
DEL LLORO DE LOS ABEDULES POR LA TRISTEZA DEL HIJO DEL REY .....	» 127
DE CÓMO ENTERRARON Á UNA HERMANA QUE ERA IMPÍA .....	» 131
DEL PRÍNCIPE QUE SE CASÓ CON UNA ZAGALA Y DESPUÉS CON UNA PRINCESA .	» 133
DE CÓMO MANON LESCAUT, POR NATURAL BONDAD, HACÍA GOZAR Á LOS PASTORCITOS INOCENTES	» 137
DE CÓMO ABRAHAM HUBO DE SACRIFICAR Á ISAAC	» 139
MI ESTRELLA AMIGA .....	» 143

DE CÓMO UN ZAGAL MATÓ Á SU AMADA CON UNOS LIRIOS BLANCOS.....	PÁG. 147
DE CÓMO LA VIRGEN TUVO ENVIDIA DE SANTA CECILIA .....	151
DE CÓMO ACABÓ EL IDILIO DE UNA ZAGALA CON CON EL PAJE DEL REY.....	153
COMMENT J'AIMAIS UNE FEMME QUI NE POUVAIT PAS AIMER.....	157
ESTANCIAS.....	159
DE CÓMO MI ALMA VA MURIENDO.....	163
COMMENT L'ÂME DE MA BIEN AIMÉE N'ÉTAIT ' PAS SUR LA TERRE.....	165
DE CÓMO UNA NINFA, POR PARECER ESQUIVA, PERDIÓ DE SOLOZARSE CON UN FAUNO.....	167
EL AMOR Y LA MUERTE.....	171
VISIÓN.....	173
ESTANCIAS.....	177
DEL AGUA QUE ACARICIÓ EL PIE DE LA ZAGALA	179
CUANDO ME PARECIÓ HALLAR EN LA TIERRA UNA PRINCESITA IMAGINADA.....	181
DE LO QUE ME HIZO RECORDAR UNA MUJER....	185
ESTANCIAS.....	187
DE CÓMO SE ME APARECIÓ UNA SOMBRA QUERIDA	191

